

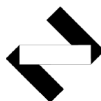
## *Lo espectral de las imágenes*

Alberto Ruiz de Samaniego. *Ser y no ser. Figuras en el dominio de lo espectral*, Murcia, Micromegas, 2013, 223 págs.

*Ser o no ser...* ¿Es esa realmente la cuestión? Contra lo que sugiere el modo en que el dubitativo príncipe danés formula su incertidumbre, la verdadera cuestión bien podría enunciarse con otra forma lógica: no la dilemática de la disyunción (el kierkegaardiano *o esto o lo otro*), sino la aditiva (y adictiva: una vez uno se deja capturar por ella, en cuanto se es presa de la aparición fantasmal, *poseído* por ella) de la conjunción (*esto y lo otro*). Es lo que sugiere, desde su propio título (*Ser y no ser*), el soberbio ensayo de Alberto Ruiz de Samaniego. Su objetivo es explorar un territorio esquivo (por inestable, indefinido, incierto... perturbador) donde la diferencia ontológica, en su forma más extrema (que, contra Heidegger, quizá no sea la que distingue el ser del ente, sino más bien la que opone aquel a su contrario, el no-ser), entra en crisis; no desaparece (muy al contrario, el ámbito mentado es justamente aquel donde dominan las *apariciones*) pero sí entra en un espacio donde la lógica binaria, estremecida por algo para ella indomeñable, ofrece abundantes síntomas de su naturaleza problemática. Ante eso, la Cosa, también el propio sujeto entra en crisis, víctima del contagio. El estremecimiento, la lógica alternativa del “temor y temblor”, se impone en la escena del pensamiento. Estamos –tal es el subtítulo de la obra– ante *Figuras en el dominio de lo espectral*.

Acaso el logro mayor de este texto sea mostrar la fragilidad inherente a la axiomática ontológica que subyace, a lo largo de más de dos milenios y medio, a la tradición filosófica. Los valores máximos que aquella postula (ser; orden; inteligibilidad; sustancia; objetividad; verdad... en definitiva, la continuidad y fortaleza del sentido, que haría de lo real un *ens plenum*) no resisten indemnes a las acometidas de lo espectral. Allí donde Occidente quiso pensar la univocidad de lo Real, su apodíctica certeza, Ruiz de Samaniego deja la puerta abierta a la irrupción del fantasma, a su inquietante *aparición*. Como si la Casa del Ser fuese, en realidad, un castillo gótico por cuyas estancias y pasadizos deambulan las figuras espectrales.

Propósito ontológico, pues, pero no trabajado mediante un abstracto esfuerzo categorial, que opusiese a la tabla categorial hegemónica otra tabla alternativa (más bien, las sacudidas conceptuales que la erosionan, abriendo brechas o hendiduras en su esfericidad parmenídea). No es esa la metódica adoptada; sí el compromiso filosófico de fondo, pero no su forma de presentación: a la postre, si se procediese a construir una arquitectura categorial, por mucho que en ella el trabajo de la negatividad vapulease la afirmación ontológica clásica, se habría incurrido en la trampa. Aunque fuese otra, esa propuesta reiteraría la pretensión intelectualista definitoria del logos tradicional, la apoteosis del *Mismo*. Aquí se trata, más bien, de abrir sendas, múltiples e irreductibles a lo definitivo del sistema, por donde pueda discurrir la alteridad. Que no es *una*, aunque un inequívoco aire de familia delate las afinidades esenciales entre sus diversas figuras. Digámoslo apresuradamente: una ontología negativa que, reprobando el acabamiento del sistema, se sirve de la forma-ensayo.



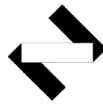
Lo espectral es el centro, descentrado e inatrapable, al que parecen remitir los siete ensayos que componen el libro. Pero, si el espectro o fantasma es, ha sido siempre, *sombra* inextirpable del ser, esa espectralidad o fantasmagoría se multiplica al abordar un universo, el contemporáneo, donde tal (i)lógica alcanza su paroxismo en el imperio, mediático y espectacular, de las imágenes. No se trata de repetir una vez más la condena de la alienación reinante en lo icónico; el propósito de Ruiz de Samaniego es más bien el de explorar algunas de sus manifestaciones para devolvernos, en reflejo especular, la verdad, esquiva y huidiza, fantasmalmente huidiza, sobre nosotros mismos, sobre nuestro mundo. Un leitmotiv unifica, sin atentar contra su singularidad, las siete aproximaciones: lejos de constituir la patencia del ser puro, lo Real es inseparable de su Doble, y la tarea del pensar habrá de consistir en restablecer “el efecto de diferencia incorregible que el doble o el fantasma introduce en lo real” (p. 13)

Con la imagen, con el espectro y el fantasma, nos enfrentamos a una ontología paradójica, que enlaza, contaminándolos recíprocamente, los elementos que la razón filosófica quisiera mantener en polaridad irreductible: ser y no ser, presencia y ausencia, verdad y falsedad, realidad e ilusión. Allí se impone, muy al contrario, una aporía cuyo correlato emocional es la angustia: “Pues la angustia significa a la vez la presencia de una ausencia y la ausencia presente, la existencia inexistente y la inexistencia de la existencia. En fin: la presencia invisible de aquello que no está allí.” (14) ¿O sí está? El modo discursivo de la ontología fantasmal es la interrogación. Sin respuesta tranquilizadora.

El primer ensayo del libro sienta las bases del seísmo ontológico que la atención a lo espectral inevitablemente provoca. Los seis siguientes intentarán cartografiar ese territorio conmovido. A través de una fenomenología, literaria y cinematográfica, de algunas de sus principales encarnaciones: el Horlá, el Hombre invisible, el vampiro. El *fantastique* ha dejado de ser un género entre otros; deviene paradigma general de la imagen, en particular de la cinematográfica, donde la modernidad recupera, sin pretenderlo, una verdad ancestral de lo imaginario, su complicidad innegociable con la muerte: “Tránsito prefiguratorio de la muerte en que la pantalla cinematográfica presagia la mortaja donde todo se cubre, y toda superficie se hace opaca o sombra: ¿Cómo ocultarse –se preguntaba Robert Bresson– que todo acaba sobre un rectángulo de paño blanco colgado en un muro?” (p. 42).

A partir de ahí, ya no será posible desenredar la maraña que lo vivo y lo muerto configuran en su constante entrelazamiento, erosionando la frontera, presuntamente intransitable, que separaría el mundo real de la irrealidad que lo acosa. Así (segundo ensayo), en el célebre relato de James, glosado en base a la inspirada adaptación fílmica de Jack Clayton. Este filme, y otros muchos que lo acompañan en su celebración de la espectralidad (y, entre los que se cuentan, algunas de las obras mayores del arte cinematográfico: de Dreyer –magníficas las consideraciones sobre *Vampyr*– a Buñuel, de Resnais a Tarkovski, de Bergman a Franju), documenta la volatilización moderna de lo real, “en donde los signos van a ir suplantando progresivamente la realidad carnal y corporal, viviente” (p. 63).

A la imagen móvil del cinematógrafo hace eco, en su gelidez cadavérica, la instantánea fotográfica, empeñada en situarnos –es el título del tercer ensayo– “más allá de donde estamos”. En un brillante ejercicio reflexivo que, a la vez, remite a Barthes (a la tanatología de la imagen de su *Chambre claire*) y va más allá de él (Ruiz de Samaniego denuncia la ingenuidad residual de la



semiología barthesiana: la fotografía no nos devuelve algo que fue sino que reitera el poderío de la ausencia; en expresión magnífica, se habla del “*inespesor* de lo fotográfico” [p. 100]), se nos recuerda que la superficie de la instantánea no reintegra, en base a la semejanza, un real pretérito; impone, muy al contrario, la congénita irrealidad del signo.

Ausencia de mundo que bien puede abrir, rehabilitando el afán de trascendencia, una vía débil, metafórica o metonímica, de acceso a lo sagrado. Así, en las series fotográficas, pobladas de interiores desnudos donde se impone el resplandor de una fuente lumínica proveniente del exterior, de James Casebere (cuarto ensayo). Aquí, la ausencia materializada en “moradas de reclusión, pero también de ascesis, de mística redención” (p. 113) instituye una poética del vacío abierta, sin certidumbre ni objetividad, a la plenitud de lo transmundo. El autor explora esos espacios interiores poniéndolos en diálogo con la tradición pictórica (Fra Angelico, Zurbarán) y, sobre todo, la tradición mística. El existir monacal encarnaría, sutilmente, una forma de resistencia a la devastación moderna.

Sin ingenuidades ni falsas conciliaciones. Los tres capítulos finales nos devuelven al asedio de la negatividad: la ficción del yo –examinada a través de los autorretratos del portugués Jorge Molder, afín a la dispersión de la identidad subjetiva en los heterónimos de Pessoa– invade con su efecto corrosivo la presunta identidad subjetiva, pero también la certeza del mundo, ambos hermanados en una cruel fantasmagoría donde la *persona* –en portugués, *pessoa*– es reintegrada a la cruel verdad de la etimología, a la máscara; la iconología de la ruina, brillantemente perseguida en una tríada inquietante (Piranesi, Benjamin, Smithson), constituye el acta de defunción de la ilusión clasicista; por último, en la que acaso sea la más hermosa de las piezas de este *Ser y no ser*, la revisitación del enigma de Kaspar Hauser, cuya inmediatez cuasi-animal (“una pura superficie sin profundidad psicológica” [p. 200], según la paradójica expresión de Ruiz de Samaniego; de “fortaleza vacía” habló Bettelheim en su intento de comprender la naturaleza del autismo) corrobora la naturaleza sónica, ineludiblemente lingüística, de la trama de nuestra experiencia.

El caso Kaspar Hauser, cuya indagación cierra el volumen, permite concluir que eso que llamamos “mundo” o “yo” representa, en (ir)realidad, un existir lábil, de precaria finitud. El mérito, intelectual y estilístico (la belleza expresiva es seña de identidad en la escritura de Ruiz de Samaniego), de la obra aparece ahí paradigmáticamente. Se trata de un doble esfuerzo, inevitablemente inconcluso, por entablar una conversación entre la inmediatez de un mundo antes del mundo, pre-mundano (el de Hauser, donde hay “rojo”, “áspero”, “frío”, “dulce”, “ligero”... pero no significados; mundo minimalista de la sensación pura, del adjetivo sin sustantivo), y nuestro mundo, mediado (es decir, ahuecado) por el trabajo negativo de imágenes y palabras. Si Hauser intentó, infructuosamente, acceder de aquel a este, nosotros, para comprenderle, debemos emprender el camino inverso. Para ese viaje es *Ser y no ser. Figuras en el dominio de lo espectral* una guía irrenunciable. ↩

Alberto Sucasas